

ESPAÑA

“¡Y montar este espectáculo por un porrino!”

La DGT inicia los análisis de saliva para cazar a conductores drogados

LLORENÇ MARTÍNEZ
Zaragoza

El inmenso letrero luminoso que preside la fábrica de Pikolin tiñe de rojo la carretera de Logroño y aporta dos datos básicos a los conductores. Uno, que a estas alturas del otoño ya hace fresco en Zaragoza: ocho grados. Dos, que son las tres de la madrugada. Hora de ir y venir de fiesta. Hora de poner en práctica los nuevos controles con los que la Dirección General de Tráfico pretende acabar con la impunidad de aquellos que cogían el coche sin haberse bebido ni una caña, pero cargados hasta las cejas de cocaína, anfetaminas o vaya usted a saber qué clase de estupefacientes.

Una veintena de guardias civiles ha establecido la base de operaciones en una rotonda amplia y sembrada de farolas.

A las tres y cinco minutos, un agente da el alto al primero de la noche. Un Opel Astra blanco, deportivo y tuneado. Dentro, tres veinteañeros que vienen de Huesca en busca de fiesta. El conductor espera un control de alcoholemia, pero el guardia le pone en situación. “Esto es un test de drogas”, aclara mientras le entrega un plástico blanco, similar a los que se usan para remover el café de máquina, con una esponja de algodón en uno de los extremos. “Salívelo bien. Haga como si fuera un chupachup”. El chaval se pone serio y comienza la operación, con cuatro agentes observándole. Detrás de él ha parado un Mégane rojo con una pareja. “Desde luego, no sabe a fresa”, dice Carlos, sonriendo. Cuando termina, el guardia lo introduce en un tubi-

to de plástico: “Ahora, a esperar 10 minutos”.

Los controles antidroga arrancaron la noche del viernes al sábado en Zaragoza y Badajoz, y continuaron ayer en otras zonas de ambas capitales. El método siempre es el mismo: la saliva, dentro del tubo, entra en contacto con una lámina impregnada de sustancias que generan una reacción química. Si el conductor ha tomado algo, una rayita de color rojo aparecerá junto a una de las seis letras inscritas en la tarjeta. Cada una delata la presencia de un tipo de droga: cocaína, opiáceos, anfetaminas, metanfetaminas, PCP y cannabis. De noche resulta complicado verlo con claridad, y los agentes acercan el cartón a las luces de la ambulancia para comprobar los resultados.

Un chaval con pendientes en ambas orejas y en la barbilla, pelo alborotado y cara de circunstancias ha dado el primer positivo de la velada. El aparato señala la cannabis. Ismael, de 21 años, sale del coche temblando. “De frío”, matiza. Reconoce que ha fumado marihuana, “pero hace ya 10 horas”. En la ambulancia le esperan el médico y la ATS, que lo someterán a una serie de pruebas para comprobar su capacidad de visión y equilibrio. El test de saliva, por sí solo, no sirve como prueba. Es sólo un indicio que da pie a que se decida someter o no al conductor al examen médico. Si los sanitarios observan que su estado no le permite conducir con garantías, se le pide permiso para extraerle sangre. Si se niega, se solicita autorización al juez. Y si el análisis da positivo, el individuo se arriesga a una pena de tres a



La Guardia Civil realiza un control de drogas en Zaragoza en la madrugada del sábado. / ROSANE MARINHO

seis meses de cárcel, además de entre uno y cuatro años sin carné de conducir.

Mientras Ismael trata de demostrar ante el médico que es capaz de girar sobre su propio pie, en el interior de su Hyundai le espera María, de 17 años, que

Un plástico blanco con una esponja de algodón es lo que se usa para el ‘test’

Si el análisis da positivo, la pena va de tres a seis meses de cárcel

no está para bromas. “Ya no se podrá ni salir a la calle. Está bien que persigan a los que conducen hartos de coca o pastillas, ¡pero montar este espectáculo por un porrino!” Ismael ha regresado al coche. Tiene miedo de que le quiten el permiso, porque

lo necesita para trabajar. “Soy encofrador. Si me quedo sin carné, me hacen una putada”. Al cabo de 20 minutos, el médico le tranquiliza. “Todo correcto, puedes marcharte. Pero date cuenta de que has dado positivo aunque hayas consumido hace muchas horas”. Ismael resopla aliviado, da las gracias y se larga.

A las tres y media ya hay 10 coches parados en la rotonda. A la espera del veredicto, la mayoría se queja de que la prueba no sea más ágil. Ramón, de 42 años, acaba de salir de una fábrica de un polígono industrial cercano. “¿Cuánto tengo que esperar, caballero?”, pregunta con tono respetuoso. La prueba de drogas le ha absuelto, pero tendrá que quedarse un rato más. El guardia civil ha decidido someterlo a un test de alcoholemia que sí da positivo: 0,38. “Sólo me he tomado dos cañas y un vino. Y no he cenado”, se justifica. Le han pescado por hablar demasiado: su aliento huele a alcohol.

A las 6.30, la intensidad de la operación va languideciendo. Las pruebas de drogas han depa-

rado 85 negativos y cuatro positivos por cannabis y éxtasis, aunque todos han superado con éxito la visita a la ambulancia. El peor parado de la noche ha sido un joven que iba al volante de un Chevrolet y que se ha negado a pasar el examen. El guardia le ha avisado de que le costaría dos meses sin carné, 600 euros de multa y seis puntos. “Da igual, no quiero”, responde con parsimonia, como quien rechaza tomar postre después del menú.

Los controles de drogas, que ya se realizan desde 2005 en Cataluña se trasladarán en las próximas semanas a otras provincias españolas. Los inconvenientes de las pruebas son tan evidentes que hasta los guardias civiles no lo ven del todo claro: “Por mucho que el test dé positivo, no sirve como prueba. Y si no tenemos un médico en cada control, no hay nada que hacer”, dice un agente por lo bajino. La DGT recuerda que en el 10% de los fallecidos en accidente se encuentran restos de estupefacientes. Y defiende que estas operaciones surtirán efecto, porque disuadirán a quienes se atrevan a coger el coche drogados.

“Si me dejan, los traigo a Alicante”

El patrón del pesquero que rescató 58 inmigrantes llega a Santa Pola

CRISTINA MEDINA
Santa Pola

“¿Felicidades?”, respondió Antonio López a la llamada de su mujer. “¡Me he echado al barco a 58 inmigrantes, menudo cumpleaños!”. El patrón del pesquero Corisco, con base en Santa Pola, acababa de recoger en aguas de Libia a un grupo de inmigrantes a punto de ahogarse. Era el 13 de octubre, una fecha que Antonio tiene cada año más motivos para recordar. Fue el día de su nacimiento, el de su boda y también la jornada durante la cual encontró una patera a la deriva.

Ayer, los doce tripulantes del

Corisco fueron recibidos a media tarde por sus familiares en el puerto de Santa Pola. Con la bodega repleta de quisquilla, el Corisco volverá a faenar en doce días. La aventura les ha ocasionado pérdidas de más de 30.000 euros, pero Antonio lo tiene claro. “Ni 30.000 ni 300.000 euros, yo estoy tranquilo. Los salvé”.

Los pescadores relataron el rescate. “Estaba durmiendo, era sobre la una y media de la madrugada y, de repente, me viene uno gritando que oía voces a popa” recordaba Antonio. Al acercarse, vieron una embarcación de unos ocho metros de eslora con “muchísima gente dentro”. “Primero

nos mantuvimos a la espera, pero cuando nos dimos cuenta de que iban achicando agua con trozos de latón no me lo pensé dos veces y di la orden de subirlos al barco”, contó. Además, el parte meteorológico pronosticaba mal tiempo en un par de días y eso, junto a la imagen de los niños, les hizo no dudar, apuntó Manuel Ruiz, miembro de la tripulación.

Los subieron a todos al barco y a los adultos les dieron café como primera medida contra el frío. Estaban helados. A los hombres los acomodaron en la bodega. La mayoría eran nigerianos aunque también había ciudadanos libios. Entre los naufragos ha-

bía cinco mujeres y tres niñas, dos de ellas gemelas de menos de dos años. “Son como los nuestros. ¿Qué iba a hacer?”, le explicaba durante aquellos días Antonio por teléfono a su mujer en referencia a sus tres hijos.

Los pescadores acomodaron a las mujeres y a las niñas en el mejor habitáculo de una embarcación grande pero en absoluto preparada para acoger durante tres días a sesenta personas. Todos pretendían llegar a Italia y habían pagado cada uno 600 euros por el viaje. Durante el día las niñas corrteaban por el barco y los inmigrantes de religión musulmana rezaban a su hora.

La convivencia fue fácil, pese a las dificultades de comunicación que resolvieron con nociones de inglés. Guzmán Sempere, uno de los contramaestres, recordaba ayer cómo los inmigrantes les daban las gracias cada vez que les servían café o comida. “Se han llevado toda nuestra ropa”, reían los pescadores.

Nunca olvidarán a estas 58 personas y temen que ahora lo estén “pasando mal”. “No querían por nada del mundo volver a Libia porque sabían que allí les maltratarían”, explicaba Abel Durá, también contramaestre. El patrón les informó de que haría lo que le dijeran las autoridades. “Si me hubieran dejado los traigo a Alicante, es la pena que me ha quedado”, asegura. “Encima, cuando ya sabían que los habíamos devuelto a Libia aún nos dieron las gracias por haberlos recogido”.